

Pandemonium

Semanario Ilustrado

DIRECTOR: RICARDO FERNANDEZ GUARDIA

HEREDIA

Toda persona que conozca bien la lengua española y haya leído la *Oda al Niágara*, tiene que sentir admiración y simpatía por Heredia, el mayor de los poetas de la bella isla no hace mucho esclava; pero se necesita ser cubano y hasta cierto punto del mismo momento histórico de quien estas líneas escribe, para darse cuenta de lo que en la vida de las ideas de la hermosa antilla significa ese nombre glorioso.

Se necesita, para ello, ser del grupo de los que, á hurtadillas, recitaban en la escuela el *himno del deserrado*.

Decía en cierto escrito suyo, cierto coplero español muy ingenioso y fecundo, que para muchos fue un gran poeta, que los admiradores de Quintana mantenían una pretensión absurda al sostener que con dos docenas de composiciones poéticas pudiera conquistarse el laurel de la lírica: la fatuidad que tales palabras de Campoamor envolvían es verdaderamente cómica.

Si Núñez de Arce no hubiera escrito más que el *Idilio*, ó la *Última lamentación de Byron*,—sería siempre junto al vate de las *Humoradas* y las *Doloras*, como el Himalaya junto á una colina de cien metros de altura.

Sucede con la poesía como con la elocuencia; hay varias cosas que con ellas, en juicios vulgares, se confunden: la elocuencia no es la verbosidad, ni la fácil corrección y la elegancia espontánea del lenguaje,—ni siquiera la lógica,—que es lo que más se le parece: es la expresión más intensa de la idea.

Pero la poesía no es solo una forma de expresar; no es sólo un privilegio en el *decir*: envuelve un modo de *sentir* y de *pensar* que constituye una categoría mental aparte. Los verdaderos grandes poetas,—hayan tenido tiempo y ocasión de cantar mucho ó poco, ocupan una altura sobre el nivel en que los demás vivimos: son, como las maravillas de la Naturaleza, fuerzas que reaccionan contra las tendencias puramente animales de la organización humana. La nobleza de la vida y el carácter esencial de la inspiración de Heredia, tuvieron buena parte en la elevación del nivel moral de los cubanos. Se trata, pues, á este

propósito, del caso feliz de un gran poeta que no lo fue inútilmente para los suyos, para su gente, para su grupo humano, y tal circunstancia reclama un mármol ó un bronce que haga permanente el gran recuerdo.

Hay personas aficionadas á los números ó á los negocios que quieren que sólo de eso se trate en el mundo. No faltan vates desastrados y charlatanes que quieren que todo sea discursillos ó coplas: las matemáticas y la agricultura, lo mismo que la elocuencia y la poesía, tienen su lugar en la vida. Los países más prácticos del mundo no desconocen lo que acaba de afirmarse. Si Inglaterra se viera en el preciso caso de ceder á Gibraltar ó á Shakespeare, prescindiría del peñón seguramente.

Para Cuba, la lira de oro de Heredia es una parte del tesoro público, y como soy de los que creen en el posible crecimiento y definitiva fortaleza de los vínculos que unen en este continente á los latinos, sin odios ni prevenciones contra los sajones, bendigo la oportunidad de este tributo de cordial fraterno afecto que la joven y animosa literatura de Costa Rica quiere ofrecer á la literatura de mi tierra natal, y en que PANDEMONIUM se convierte en eco de «El Fígaro».

Prospera el hado esa amistad interesante.

El nombre de Heredia es de los que deben escribirse en el calendario de las glorias comunes.

A. Zambrana

UN DESAFIO

Traducido para PANDEMONIUM

La guerra había terminado; los alemanes ocupaban á Francia; el país palpitaba como un luchador vencido que yace bajo la rodilla del vencedor.

Los primeros trenes salían de París, de París enloquecido, hambriento, desesperado, con rumbo á las nuevas fronteras, atravesando lentamente campos y aldeas. Los primeros viajeros miraban por las ventanillas las llanuras arruinadas, los pueblos incendiados. Delante de las puertas de las casas, que aún permanecían en pie, soldados prusianos, cubiertos de cascos negros, con puntera de cobre, fumaban sus

pipas á horcajadas sobre las sillas. Otros trabajaban ó conversaban como si hubiesen formado parte de las familias. Al pasar por las ciudades veíanse regimientos enteros maniobrando en las plazas y, á pesar del ruido de las ruedas, alcanzábanse á oír por momentos las roncadas voces de mando.

Monsieur Dubuis, que había estado en la guardia nacional de París durante todo el sitio, iba á Suiza á reunirse con su mujer y su hija, que por prudencia había enviado al extranjero antes de la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuido su voluminosa barriga de comerciante rico y pacífico. Había soportado los acontecimientos terribles con resignación desconsolada y frases amargas sobre el salvajismo de los hombres. Y ahora que concluida la guerra se encaminaba á la frontera, veía prusianos por primera vez, á pesar de que había cumplido con su deber en las murallas y hecho numerosas guardias durante las noches frías.

Miraba con terror irritado á esos hombres armados y barbudos, instalados sobre la tierra de Francia como en la suya propia, y sentía agitarse en su alma una especie de fiebre de patriotismo impotente, unida á esa gran necesidad, á ese instinto nuevo de prudencia que no nos ha vuelto á dejar.

En el mismo coche, dos ingleses, que habían venido á ver, miraban con sus ojos tranquilos y curiosos. También eran gordos los dos y conversaban en su lengua, hojeando á ratos la guía que tenían en voz alta, procurando reconocer los sitios indicados.

De pronto, habiendo parado el tren en la estación de una pequeña ciudad, subió al coche un oficial prusiano, metiendo mucho ruido con el sable, al chocar éste con el doble estribo del vagón. Era un hombre alto, que vestía uniforme ajustado y con barbas hasta los ojos. Su pelo rojo parecía arder y sus largos bigotazos, más pálidos, brotaban de ambos lados de la cara, cortándola al través.

En el acto se pusieron los ingleses á mirarlo con sonrisas de curiosidad satisfecha, en tanto que M. Dubuis simulaba la lectura de un periódico. Permanecía acurrucado en su rincón, como un malhechor delante de un gendarme.

El tren se puso de nuevo en marcha. Los ingleses siguieron su conversación, buscando los lugares precisos de las batallas; y como uno de ellos extendiese el brazo hacia el horizonte, señalando una aldea, el oficial prusiano, al propio tiempo que estiraba sus largas piernas y se echaba de espaldas, dijo en francés:

—En ese pueblo maté doce franceses y tomé más de cien prisioneros.

—Los ingleses, completamente interesados, preguntaron en el acto:

—¡Aoh! ¿Cómo se llama ese pueblo?

El prusiano respondió: «Farsburgo».

Y añadió:

—Agarré á esos tunantes de franceses por las orejas.

Y miraba á M. Dubuis, viéndose orgullosamente dentro de sus barbas.

El tren corría, pasando siempre por aldeas ocupadas. Veíanse soldados alemanes á lo largo de los caminos, al borde de los campos, parados en las esquinas de las barreras ó conversando en los cafés. Cubrían la tierra como la langosta de Africa.

El oficial extendió la mano:

—Si yo tuviese el mando habría tomado á París, quemado todo, matado á todos. ¡Se acabó Francia!

Los ingleses, por cortesía, se limitaron á contestar:

—Aoh, yes.

El otro prosiguió:

—Dentro de veinte años toda Europa, toda, será nuestra. Prusia puede más que todos.

Los ingleses, inquietos, ya no respondían. Sus caras impasibles parecían de cera, en medio de sus largas patillas. Entonces el oficial prusiano se echó á reír y, siempre recostado, se puso á bromear. Insultó á Francia aplastada, insultó los enemigos en tierra; se burló del Austria vencida en días anteriores; hizo mofa de la defensa encarnizada é impotente de los departamentos, de las guardias móviles, de la artillería inútil. Anunció que Bismarck iba á construir una ciudad de hierro con los cañones capturados, y, de pronto, puso sus botas contra el muslo de M. Dubuis, que se puso á mirar hacia otro lado, sonrojado hasta las orejas.

Los ingleses parecían haberse hecho indiferentes á todo, como si bruscamente se hubiesen encerrado en su isla, lejos de los ruidos del mundo.

El oficial sacó su pipa y mirando fijamente al francés le preguntó:

—¿Tiene V. tabaco?

M. Dubuis contestó:

—No, señor.

El alemán repuso:

—Le ruego que vaya á buscarlo cuando pare el tren.

Y de nuevo se echó á reír:

—Le daré á V. una propina.

El tren pitó, conteniendo su marcha. Pasaba delante de los edificios incendiados de una estación: después paró del todo.

El alemán abrió la portezuela y tomando á M. Dubuis por un brazo le dijo:

—Vaya V. á desempeñar mi comisión, ligero, ligero.

Un destacamento prusiano ocupaba la estación. Otros soldados miraban, parados detrás de las barandas de madera. La locomotora pitaba ya para salir de nuevo. En ese momento M. Dubuis se lanzó sobre la plataforma y á pesar de los gestos del jefe de estación se precipitó en el coche siguiente.

¡Se hallaba solo! Abrióse el chaleco, tales eran los latidos de su corazón, y se limpió la frente, jadeante.

El tren paró de nuevo en una estación. De súbito el oficial apareció en la portezuela y subió; pronto lo siguieron los dos ingleses, empujados por la curiosidad. El alemán se sentó en frente del francés y, siempre riendo:

—No ha querido V. desempeñar mi comisión— dijo:

M. Dubuis contestó:

—No, señor.

El oficial repuso:

—Voy á cortarle á V. los bigotes para llenar mi pipa.

Y estiró la mano hacia la cara de su vecino.

Los ingleses, siempre impasibles, miraban con sus ojos fijos.

El alemán había tomado ya algunos pelos y tiraba de ellos, cuando M. Dubuis de un manotazo le levantó el brazo, y agarrándolo por el cuello, lo volcó sobre el asiento. Y entonces, loco de cólera, con las sienes infladas, los ojos inyectados de sangre, ahogándolo con una mano, se puso con la otra á darle furiosamente de puñetazos en la cara. El prusiano se sacudía, procuraba sacar el sable, empuñar á su adversario acostado sobre él; pero M. Dubuis lo aplastaba con el peso enorme de su vientre, y le daba, le daba sin descanso, sin tomar resuello, sin saber dónde caían los golpes. La sangre corría; el alemán ahogado, resollaba roncamente, escupía los dientes, probaba, pero en vano, á rechazar aquel hombre gordo exasperado que lo apachurraba.

Los ingleses se habían levantado, acercándose para ver mejor. Permanecían de pie, llenos de júbilo y de curiosidad, listos para apostar en pro ó en contra de cada uno de los combatientes.

De repente, M. Dubuis, agotado por tamaño esfuerzo, se levantó, sentándose sin decir una palabra.

El prusiano no se echó sobre él, á tal punto permanecía atónito, estúpido de sorpresa y de dolor. Cuando hubo tomado aliento, artículó:

—Si V. no quiere darme una satisfacción pistola en mano, lo mataré á V.

M. Dubuis contestó:

—Cuando V. quiera. Estoy dispuesto á hacerlo.

El alemán repuso:

—Ya estamos en la ciudad de Estrasburgo; tomaré dos oficiales como padrinos; tengo tiempo antes de que vuelva á salir el tren.

M. Dubuis, que jadeaba tanto como la locomotora, dijo á los ingleses:

—¿Quieren VV. servirme de padrinos?

Ambos respondieron al unísono:

—Aoh, yes!

Y el tren paró.

En un minuto encontró el prusiano dos camaradas que trajeron pistolas y todos se fueron á las murallas.

Los ingleses no cesaban de mirar sus relojes, apurando el paso, dando prisa á los preparativos, inquietos por la hora, para no perder la salida del tren.

M. Dubuis no había tocado nunca una pistola. Lo colocaron á veinte pasos de su enemigo. Luego le preguntaron:

—¿Está V. listo?

Al contestar «sí, señor», notó que uno de los ingleses había abierto su paraguas para guarecerse del sol.

Una voz mandó:

—¡Fuego!

M. Dubuis disparó al azar, sin aguardar, y vió con estupor que el prusiano, de pie en frente de él, se bamboleaba, levantaba los brazos y caía tieso sobre la nariz. Lo había matado.

Uno de los ingleses gritó un «¡aoh!» vibrante de alegría, de curiosidad satisfecha y de impaciencia dichosa. El otro, con el reloj siempre en la mano, tomó á M. Dubuis por el brazo y se lo llevó al paso gimnástico á la estación.

El primer inglés marcaba el paso, á medida que corría, llevando los puños cerrados y los codos adheridos al cuerpo:

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

Y los tres trotaban de frente, á pesar de las barrigas, como tres figuras grotescas de un periódico de caricaturas.

El tren partía. De un salto se metieron en el coche. Entonces los ingleses, quitándose las gorras de viaje, las levantaron agitándolas, y por tres veces consecutivas gritaron:

—¡Hip, hip, hurrah!

Después le tendieron con gravedad, uno tras otro, la mano á M. Dubuis, y volvieron á sentarse juntos en su rincón.

Guy de Maupassant.

PETALOS SUELTOS

Es grande en extensión el oceano,
Pero es más grande el corazón humano.

¡Cuán feliz el que oye eternamente
El mismo ruido de una misma fuente!

Tienè esta niña cuya gracia encanta,
En cuerpo de mujer, alma de santa.

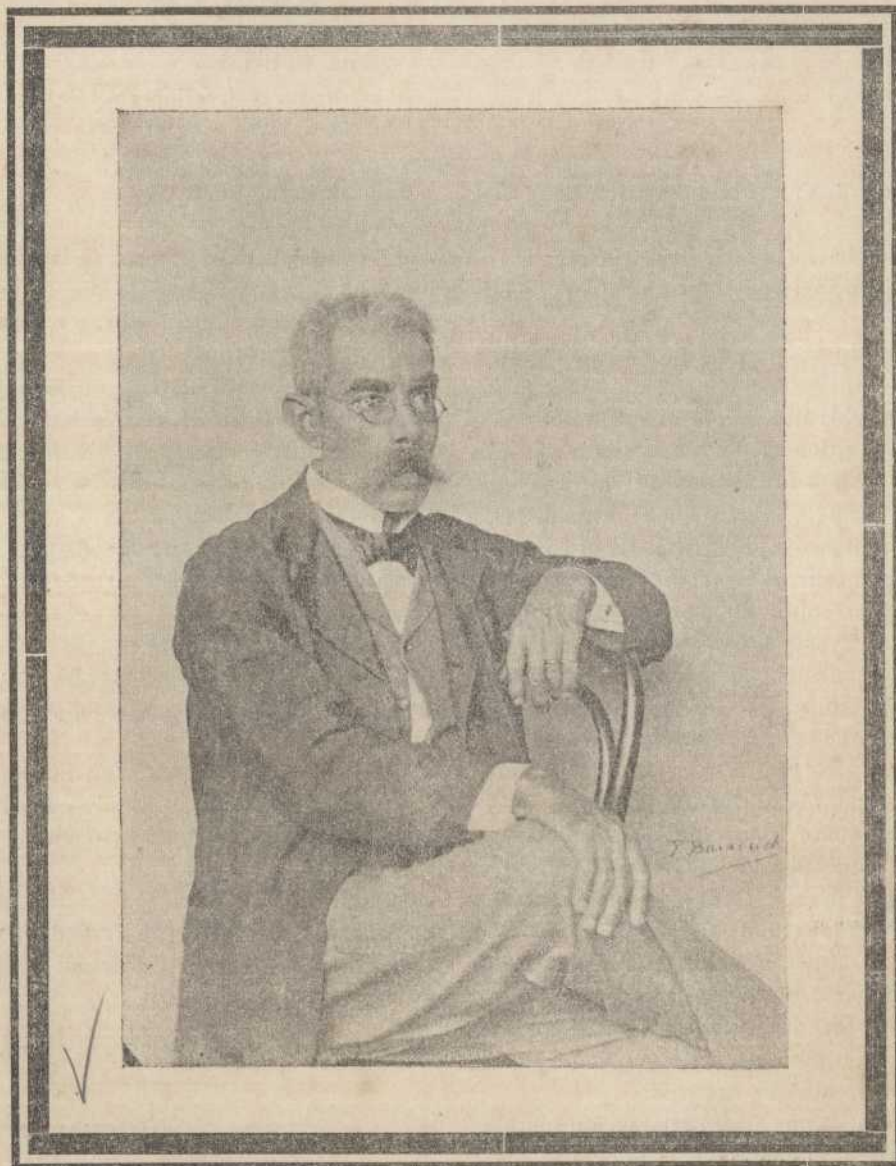
Campoamor.

EXCELSIOR

Don Juan Fernández Ferraz nació en Canarias, hizo sus estudios en la Escuela Normal y en la Universidad Central de Madrid, y conservó siempre por su madre España un sentimiento de hijo reconocido y afectuoso. Vino á la edad de diecinueve años, en

1869, á Costa Rica, y aquí formó su hogar, continuó sus estudios, desarrolló sus altas y poderosas facultades científicas y escribió sus numerosas producciones de erudito y de amante de las Letras.

¡Cómo es interesante observar los caprichos del destino y los distintos rumbos que gracias á ellos toma la vida de los hombres! Si el señor Ferraz



Juan Fernández Ferraz

hubiera permanecido en España, su nombre habría ilustrado la cátedra y el periodismo de ese noble país. La Academia le habría consagrado para la literatura y talvez habría tomado asiento en las Cortes, llevando allí el fuego de su temperamento exaltado en la política.

Don Valeriano Fernández Ferraz vivía en Cartago, encargado de la dirección de nuestro famoso

Instituto, necesitaba la valiosa colaboración de su hermano menor, lo llamó y la suerte fue echada para ambos, que hicieron de nuestra tierra el centro de sus afectos, de sus ambiciones y de sus entusiasmos.

Cuando se cerró el referido Colegio, don Juan se dedicó al comercio en la misma ciudad de Cartago, y poco después publicaba un diario, *La Palanca*, en el cual se dió á conocer como periodista de combate.

El año de 1884, al fundar el Instituto Universitario, la dirección de estudios de nuestra extinguida Universidad de Santo Tomás, apeló al reputado profesor encomendándole la dirección de ese plantel de segunda enseñanza. Durante cinco años continuó al frente de tareas semejantes, ya en la capital, ya en la ciudad de Cartago ó en la villa de Grecia, y dirigía al mismo tiempo la revista científica titulada *La Enseñanza*, en que se publicaron los programas, las disertaciones y todo lo concerniente á los trabajos de los profesores y alumnos del Colegio.

En la segunda mitad de 1889, al iniciarse la campaña política que todos recuerdan por el apasionamiento que dividió á los partidos que se disputaron el poder, vino el señor Ferraz, llamado por la Empresa Tipográfica, á ponerse al frente de *La Prensa Libre*, diario que se anunciaba imparcial, pero que fue el más esforzado defensor de los intereses y de las ideas que sustentó el Partido Constitucional de entonces.

Desde 1890 hasta 1902, en que imperaron los hombres de ese Partido y el régimen surgido de la célebre lucha, el señor Ferraz fue favorecido con diversos empleos y distinciones en el país y fuera de él, y es justo reconocer que se hizo acreedor por su constancia en el trabajo y su pericia excepcional á unos y á otras. La Imprenta Nacional, el Museo, la Oficina de Estadística, la Exposición del 49 centenario del descubrimiento de América, celebrada en Madrid, el Congreso Pedagógico y la Exposición Centroamericana de Guatemala, la Comisión de Instrucción Pública y la del Libro Conmemorativo, fueron las esferas en que empleó su actividad durante ese período de nuestra historia, sin que por eso las letras patrias y de un modo general el periodismo militante, lo dejaran de contar como asiduo colaborador.

El 13 del corriente, á la edad de 53 años, murió el señor Ferraz en esta ciudad, después de haber consagrado sus años por entero, puede decirse, á formar un índice de nuestra legislación.

Su inteligencia era la de un hombre superior, libre de preocupaciones religiosas ó científicas, abierta á todos los vientos de la cultura contemporánea, pero su ilustración corría parejas con su gran inteligencia.

Semejante á esos gigantes espirituales de la Enciclopedia, bebía con sed inextinguible en el raudal de la ciencia. Matemáticas, filosofía, las lenguas muertas y las de los principales países modernos, la literatura de estos pueblos, la historia, la geografía, la arqueología y los dialectos indígenas de nuestra América, todo era tema, en una palabra, para sus investigaciones profundas, de todo sabía y de todo enseñaba.

Así, pues, el erudito está en primera línea, pero en la personalidad del señor Ferraz hay otros dos aspectos: como apóstol de la enseñanza, su obra fue

bueno y está encarnada en las nuevas generaciones de nuestros compatriotas que sabrán venerar la memoria del insigne maestro; como político fue muy apasionado y despertó, como es natural, dado el temple de su carácter, los enconos y las diatribas de adversarios combatidos sin tregua y sin piedad; pero hay algo, digan lo que quieran sus enemigos, algo que él supo conservar intacto y que brillará sobre su tumba con el mismo reflejo del penacho de Cyrano: su honradez.

Ferraz tiene derecho á que Costa Rica, como la Colonia Española, celebre idealmente sus funerales. Amó á este país, que fue el de su corazón y el de sus hijos y trabajó por darlo á conocer ventajosamente en el extranjero.

No podría entrar á juzgar su obra literaria ni mucho menos á aquilatar el valor científico de sus labores, porque no soy competente para esa ardua tarea; pero, quiero que conste que fui siempre su devoto admirador, en los días de victoria y en los de adversidad, porque no puedo olvidar aquellos años de mi infancia, que discurrieron en las aulas del Instituto Universitario y del Colegio de Cartago, en que el sabio Director desarrugaba su ceño para hablar con el Benjamín de sus discípulos y en que con la paciencia que lo distinguía cuando se trataba de la Verdad ó de la Belleza, me hizo aprender un arreglo del Excelsior de Longfellow, traducción que se le debe, y que me place hoy recordar como símbolo de su vida. Sobre su lápida ¿no debería grabarse en efecto, si la Verdad es la cumbre, la palabra que expresa el anhelo de su ascensión perpetua: Más arriba, siempre más alto! Excelsior!

Alejandro Alvarado h.

NOSTALGIA

A mi querida madre

Reclinado en el alféizar de la ventana de mi aposento, veo declinar el día, desaparecer el sol, hundiéndose como inmenso globo de fuego, cuyos luminosos rayos parecen incendiar las nubes de formas caprichosas, fantásticas. Veo la línea del horizonte quebrada por lejanas montañas, é insensiblemente, dejó volar mi imaginación hacia mi patria, ¡mi patria querida! donde me aguardan los seres que más quiero: mi madre, mi prometida, mis hermanas, mis amigos de la infancia!

Dulce tristeza invade mi sér al pensar en mis deudos y amigos; inconscientemente entablo conversación con ellos como si estuvieran en mi presencia....

En esos instantes de tristeza, de nostalgia imposible de expresar, paso revista á mi pasado y me complazco en recordar tal ó cual escena de mi vida, tal ó

cual frase grabada en mí con más vigor y mi tristeza aumenta al verme lejos de los míos, solo, aislado, sin tener á quién contarle mis penas, con quién compartir mis alegrías—¡bien escasas por cierto!

Momentos hay en que diera la mitad de lo que me resta de vida por verme entre ellos, por oírlos, por desahogar mi corazón dolorido, enfermo por tan larga separación.

¡Ay, patria, patria mía! ¡Por qué te querré tanto!

José Co Callol

BELLEZAS COSTARRICENSES



Marta Tinoco

Engalanamos hoy nuestras columnas con el retrato de la señorita Marta Tinoco, último retoño de una familia privilegiada por la belleza, la gracia y la exquisita elegancia de sus mujeres. Marta Tinoco brilla en nuestro cielo social como estrella de primera

magnitud y mantiene con esplendor y gallardía la tradición de su casa.

Delicadamente hermosa, espiritual, de un refinamiento encantador, Marta Tinoco seduce á todos los que la tratan, con su natural gracejo y la vivacidad de su conversación.

SEVILLA EN PARIS

Durante la Exposición, Sevilla estuvo en París. La Andalucía al borde del Sena, que fue el sueño de Gautier, es una visión familiar que nos persigue.

La acera angosta. Los balcones con tiestos de flores. El aguador, en la calzada. En la esquina, el anuncio de los toros. Y de trecho en trecho, un hombre hablando por la reja. Se oye el taconeo gracioso de las mujeres que pasan. Sin verlas, las vemos: mantón sobre los hombros, flores en la cabeza, malicia bajo las pestañas y desenfado sobre los labios. Una que lleva flores encarnadas, las arroja con desprecio á los piés de un hombre que está á la entrada de una calleja. El hombre grita un insulto y abre la navaja. Dos guardias le detienen. Y las mujeres se pierden, riendo, al volver la esquina. ¡Sevilla cabe en esa pandereta!

El café flamenco de París, tuvo el color local indispensable.

Sobre un fondo borroso, donde naufragan las bocanadas de humo, un baile de manchas de colores vivos, una orgía desenfadada de rojos de sangre, verdes húmedos, azules de Niza y anaranjados Sevillanos. La luz eléctrica esparce una lluvia de claridad pesada, que pone albayalde sobre los rostros, y subraya los pliegues de las telas, como en los cuadros de los primitivos. En los muros sonríen oleografías hirientes y espejos empañados, donde las figuras se multiplican al reflejarse.

En el escenario sólo se percibe, á primera vista, un entrevero de capas y sombreros cordobeses, una confusión de pañolones y peinetas, un jardín de labios rojos y cabelleras florecidas. Se habla mucho y muy fuerte, en explosiones de risas injustificadas y grandes chasquidos de palabras duras. Los cigarros humean, la atmósfera se enrarece por instantes, las conversaciones se funden en un clamor de alegría, y la vida subterránea de aquel rincón de ciudad andaluza, sigue hilando perezosamente sus minutos y desangrándose en un baño tibio de voluptuosidades que cosquillean.

Las *cantaoras* llevan vestidos de percal, enaguas almidonadas y mantones de fleco largo. Al compás de las palmas, sonriendo á los que ocupan las mesas más próximas y dedicándoles sus mejores sacudidas, baila una mujer, con los ojos entrecerrados en una falsa promesa. Sus movimientos son lentos ó rápidos, según se desata ó se refrena el huracán de

lujuria que hace de los bailes españoles un trasunto de las danzas orientales.

Al compás del zapateo continuo que picotea bajo las faldas remangadas, el cuerpo ondula y se retuerce, ofreciéndose en la escala de todas las posiciones y desnudándose de los muslos al talle y del talle á la garganta. Los vestidos contribuyen á revelar las líneas, las manos aletean en giros graciosos, la cabeza desmaya en languideces intermitentes, la nuca tiembla bajo el cabello rizado y al compás brusco de los «¡Olé!» y los «¡Anda, chiquilla!» se desenvuelve el poema de amor y de deseo que una mujer borda, con la simple ondulación de su carne, en la imaginación de un público.

¿Quién no ha reparado en esa gitana de cuerpo dúctil que sonríe en la sombra, asediada por tres novios que la ofrecen flores y dulces, corazones y heridas? ¿Cómo extrañar que un cronista enamorado la escriba lo siguiente, al dorso de un programa de concierto?

Si hubo una riña y un duelo
Y una navaja enterrada
Por esa flor encarnada
Que sangra sobre tu pelo;
¿Por tu sonrisa, qué hubiera?
¿Qué, por tu boca encendida?
Y ¿qué, por esa atrevida
Mirada que es una hoguera?

Tu más pequeño favor
Con vidas debe pagarse
Y hasta es justo improvisarse
Criminal por una flor,
Con tal de verte tranquila,
Junto al cadáver que queda,
Arrebujada en la seda
De tu mantón de manila.

Bien sabes que á nadie enoja
Dejar vagar la mirada
Sobre tu falda manchada
Por flores de sangre roja,
Porque ya está convenido
Que son esos lamparones
Un fleco de corazones
Al borde de tu vestido.

Y cuando te alejas, sola,
Con tu mirada salvaje
Oculta tras el encaje
De la mantilla española,
Desatas nuevos delirios
Y vas pisando engreída,
Sobre una alfombra florida
De capas y de martirios.

Y á la salida, cuando los grupos se desatan ó se anudan en parejas, los amantes de una noche ó de un beso, se juran eterno amor, porque son andaluces.

Manuel Ugarte

PETALOS SUELTOS

De la vida en el mar que brama ó gime
La gloria es un relámpago sublime.

Carlos Guido y Spano.

La ciencia del Amor y de la Vida
Solo la da la Gracia ó el Dolor;
Y para el alma que á sí propia olvida
Y vive de la carne desprendida,
Puertas de luz de lo Infinito son.

Abraham Z. López Penha.

BELLEZAS SALVADOREÑAS



Sta. María Corina Harrison

AL PIE DE SU RETRATO

Inclínanse á su paso las perfumadas flores,
Corónala sonriente el dios de los amores
Y juventud circúndala de mágico fulgor.
¡Qué luz en su mirada! ¡qué luz cautivadora!
Miradla que ya pasa, feliz y triunfadora,
Altiva cual su patria, el bello Salvador.

J. A. S.

LEJOS DEL BARRIO

I

¡Qué largos los días,
Las noches qué largas...!
No mihan escribido siquiera una carta,
Ni sé náutica de mi pobre casa;
¡Yaquí naide sabe
Como tengo l'alma!

II

Yo sé que Grabiela
Por naide me cambia;
Lo juró una tarde que fui á palabriala
Antes de casanos,
Allá pa la Pascua;
Yalhora 'e venime
Lo dijo llorando cerquita 'e la tranca

III

¡Ay, que falta mi hacen
Jesusa y Pascuala!
¡Oh mis dos hijitas, oh mis dos muchachas!
Qué buenas tortillas, tan bien aliñadas:
Qué buenas cosposas
Quihacían y me daban,
Muy antiguos dime
Pallá á la montaña,
Onde tengo yuhecha mi hermosa labranza,
Ya aquella güertica junto á la quebrada...
¡Veo questán muy largo, mi jinca y mi casa!

IV

Nuhay en esta tierra
Los duces tucnicos, las duces manzanas,
Las duces sandiyas que tengo en mi casa:
Ni aquellos cojombros,
Ni aquellas naranjas...
Nuhay aquellos yurros de fresquitas aguas
Que riegan lal milpas
Y tantas laderas sembradas de caña.

V

Ni oigo los trapiches que á moda 'e maltracas,
En mi barrio suenan
Con alegres ruidos en las madrugadas:
Tampoco el sonjio diaquellas campanas
Quiallá los domingos pa misa nos llaman.

VI

¡Mis dos chacalines
Mihacen mucha falta!
¡Yo quisiera velos...!
Cuando yuhice viaje, tanto que lloraban,

Yal venime icfan: no se vaye, tata!

Los dos probecitos
Lloraban, lloraban
Con mucha tristeza
Yhaciendo cucharas...
También á Grabiela la vi achucuyada
Y le vi los ojos
Hinchfos de lágrimas....

¡Qué largos los días, las noches qué largas...!
Yaquí naide sabe
Como tengo l'alma!

Rosa de Chavarría.

En Costa Rica, 1904.

PAGINA DE MI DIARIO

PARA PANDEMONIUM

Diciembre de 1890.

Por fin ha vuelto el verano; hoy ha hecho un día espléndido, y la noche es magnífica; la luna sube en este momento por un cielo azul pálido, donde no se apercibe una nube; el viento fresco y perfumado que agita suavemente el follaje de los sauces, me parece hecho para mecer los dolores eternos.

Noche azul y silenciosa adormece con su magnificencia las grandes tristezas é invita á la meditación. Mi alma recorre las regiones ignotas donde irá la reina de la noche á reclinarsc cuando la aurora se presente: me pierdo en vastos horizontes llenos de luz, en soledades cruzadas por bandas de amatistas. Pero en todas esas regiones veo siempre un rostro pálido que me sonríc tristemente, y oigo las notas de aquel piano que como sollozos comprimidos se escapaban de sus dedos; y recuerdo aquella otra noche azul y perfumada en que ella, la amiga de mi infancia, cuya temprana muerte dejó en mi corazón un vacío desolador, tocaba el piano, y yo en pie, á su lado, escuchaba las melodiosas notas que se perdían á lo lejos. De pronto dejó de tocar, me miró; sus ojos estaban húmedos por las lágrimas, algún recuerdo sin duda estaba unido á aquella música tristísima que la hacía enmudecer, quizá un recuerdo doloroso: lo comprendí así, ¡pero qué consuelo podía ofrecerle! Me arrodillé á sus piés y oculté la cabeza en sus rodillas; un sollozo desgarrador, uno de esos sollozos tras los cuales parece que el alma se va, se escapó de su pecho: después reinó un silencio profundo, cerró el piano, me miró con tristeza tal que temblé bajo aquella mirada; nos habíamos comprendido, y bajamos al jardín.

La luna argentaba el agua del estanque, haciendo sus leves ondas platearse, las margaritas temblaban

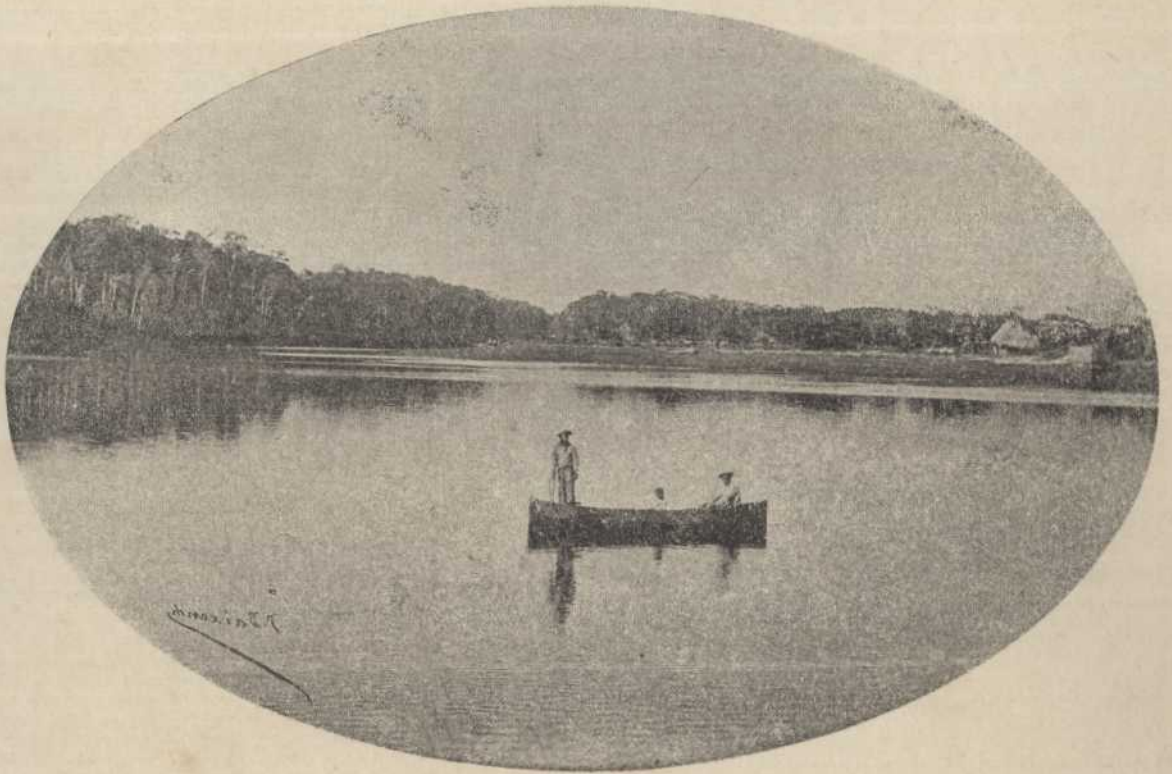
en sus flexibles tallos y los perros ladraban á lo lejos. Nos paseamos un rato sin hablar, ella ensimismada en sus recuerdos, yo respetando aquel dolor tan profundo. De repente, la luna se mostró en toda su limpidez, desgarrando las nubes que la ocultaban, y la arena de la avenida brilló como polvo de oro entre los oscuros macisos de las violetas. Distinguí perfectamente su fisonomía dolorosamente contraída, como si el ángel de la muerte hubiera rozado en aquel instante con sus tenebrosas alas aquella frente tan pura.

Tuve algo así como el presentimiento de su pronta desaparición; una ola de amargura invadió mi corazón, y me cogí á su cuello, obligándola á detenerse; quería oír su voz, que me hablara; la pregunté qué debía de hacer para volverla á ver sonriente, para que su tristeza se disipara. Se inclinó sobre mi oído y murmuró tan bajo, que ni el aura de la noche oyó, algo que me conmovió profundamente, y con firmeza le contesté: «¡siempre!»

Berta María Talari

Enero de 1904.

PAISAJES COSTARRICENSES



PIGRES (BOCA DEL RÍO GRANDE)

Nuestros lectores admirarán de seguro la preciosa vista tomada por nuestro colaborador señor Bai-xench, en la desembocadura del Río Grande. Pigres, ignorado ayer todavía, está en vísperas de convertirse en nuestro balneario marino. A una situación de las más pintorescas, á condiciones climatéricas excelentes, une la naciente población la cercanía á que el ferrocarril del Pacífico la ha colocado de las principales ciudades del interior. Con sólo que nuestro progresista gobierno continúe interesándose por este

lindísimo lugar, pronto lo veremos floreciente y próspero. Según noticias que tenemos, está en vías de formación una sociedad que se propone construir allí un hotel cómodo y confortable. Al infatigable, activo é inteligentísimo Licenciado don Cleto González Víquez, se debe, por decirlo así, el descubrimiento de Pigres. Se espera con fundamento que al futuro balneario no faltará el poderoso apoyo del ilustre hombre público.

LA ALMOHADA

Oyeme atenta y callada,
Y ya verás, alma mía,
Si tiene ó no poesía
La canción de la almohada.

Y déjame que celebre,
Como en mis rimas intento,
A la que vió mi contento,
A la que veló mi fiebre,

Conoce mis ambiciones,
Y ha mirado en mi cabeza
Las sombras de la tristeza
Y el enjambre de ilusiones.

Testigo de mis desvelos,
De mis penas confidente,
Vió mis insomnios de ausente
Torturado por los celos,

Y hoy guarda de tus hechizos,
Denunciando tu presencia,
El aroma de la esencia
Que perfumaba tus rizos.

Mañana, quizá la suerte
Trueque el poema risueño,
Y aquí durmamos el sueño
Más profundo: el de la muerte.

Me oiste atenta y callada;
Yo no sé si lograría
Expresar la poesía
Del canto de la almohada.

Francisco A. de Icaza

A nuestros lectores

A partir del primer número del próximo mes de Marzo, PANDEMONIUM, aumentará notablemente el contenido de su lectura y número de grabados, mejorando la calidad del papel. Como esto representa un gran esfuerzo esperamos que nuestros suscriptores sabrán apreciarlo debidamente y seguirán favoreciendo esta revista, como hasta ahora lo han hecho.

CUARTO ESCRUTINIO

Reunidos los infrascritos escrutadores en la Redacción de PANDEMONIUM á la hora indicada en las bases del Certamen, procedimos al examen de los votos recibidos, obteniendo el siguiente resultado:

	Ante- riores	Nue- vos	Total	votos
Srta. María Teresa Coronado	42	63	105	
» Juana de Dios Rodríguez	49	33	82	»
» Lolita Durán	47	33	80	»
» Eloísa Bonnefil	30	16	46	»
» Zoila Guardia Tinoco	20	25	45	»
» Francia Rodríguez	13	27	40	»
» Argentina Gotay	5	31	36	»
» María Aragón	6	29	35	»
» Mercedes Lara	16	14	30	»
» Rosario Zúñiga Montúfar	11	9	20	»
» Rosa Montealegre	9	3	12	»
» Marta Tinoco	9	—	9	»
» Adita Fernández	6	—	6	»
» Luisa Montealegre	4	—	4	»
» Graciela González	4	—	4	»
» Marta Feo	2	2	4	»
» Clara Pérez	—	4	4	»
» Marta Luján	1	2	3	»
» Livia Alvarado	1	2	3	»
» Isabel Aragón	3	—	3	»
» Adriana Carranza	2	—	2	»
» Odilie Cardona	—	2	2	»
» Enriqueta Rodríguez	1	—	1	»
» Isabel Montealegre	1	—	1	»
» Felicia Montealegre	1	—	1	»
» Clemencia Mata	1	—	1	»
» María Guardia	1	—	1	»
» Paulina González Lahmann	1	—	1	»
» Margarita Herrero	1	—	1	»
» Zeneida Fernández	1	—	1	»
» Rosario Guardia Q	1	—	1	»
» Marta González	1	—	1	»
» Florinda Quirós	—	1	1	»
TOTAL	290	296	586	votos

Se anuláron 3 votos, por estar á favor de señoritas desconocidas.

San José, 17 de Febrero de 1904.

Fabio Baudril.

Tobías Zúñiga Montúfar.

Gregorio Martín.

SE NECESITA

Un local céntrico para establecer la Administración de PANDEMONIUM desde el 1º de marzo próximo.

Certamen

En obsequio de nuestras lectoras, hemos abierto un certamen para determinar *cuál es la señorita más simpática* de la sociedad de San José.

Las condiciones del certamen son las siguientes:

1ª—Hasta el número correspondiente al domingo 20 de Marzo próximo, irá acompañado cada ejemplar de PANDEMONIUM de una papeleta numerada y sellada, que servirá para votar.

2ª—Podrán votar todas las lectoras y lectores de PANDEMONIUM; pero una misma persona no podrá votar más de una vez.

3ª—Las papeletas deberán ser firmadas. Las que carezcan de este requisito, se considerarán nulas.

4ª—El Jurado escrutador podrá nulificar también las papeletas que, á su juicio, no estén dentro de las condiciones del presente concurso.

5ª—PANDEMONIUM publicará el retrato de la señorita favorecida con el mayor número de votos, y asimismo el de las dos

señoritas que, después de aquélla, hayan obtenido mayor número de sufragios. La primera será, además, obsequiada con un álbum de tarjetas postales ilustradas.

6ª—Cada día miércoles, á las 9 de la mañana, se hará un escrutinio parcial, y el resultado se publicará en el número del domingo siguiente.

7ª—El domingo 20 de Marzo, á las 2 de la tarde, se efectuará el escrutinio final, en el cual se revisarán todas las papeletas; y el resultado del certamen, así como los retratos de las señoritas favorecidas por el sufragio, serán publicados en el número correspondiente al domingo 27 de Marzo.

8ª—Los votos deben ser enviados á la Administración de PANDEMONIUM, en cuyos archivos serán conservados después del certamen, como comprobantes.

Se han servido aceptar el cargo de escrutadores los señores

Don Fabio Baudrit,

» *Tobías Zúñiga Montúfar y*

» *Gregorio Martin.*

tarde. Cantando á voz en cuello atravesaron el potrero, y muy alegres, sin sentir el exceso de ejercicio, llegaron á la casita por cuya ventana se veía la lumbre destellando su rojo color. Aquella vivienda con su corredor de tierra en frente, colocada al sesgo en un navazo, terminaba el caminillo. Un trozo de madero negro y una banca estaban orillados al muro del corredor. Ocupaba la banca ñor Leman que parecía un Moisés por su estatura, su blanca barba y su melena cana. Al ver á los recién llegados se levantó saludándolos.

Quirco que se había adelantado á la juvenil comitiva veíase en un extremo de la solana; y cuando oyó que pedían á ñor Leman, un cuento, acercóse hasta un pilón de despellicular café.

Las primas ocuparon la banca á la diestra del anciano y de su mujer quien á la bulla había salido para saludar y tomar parte en la velada. En un pequeño escaño que pusieron á un lado, Felicia y Luis oyeron el cuento. Quirco, como quedara frente á Felicia, se acuñó en el pilón tomando una postura hierática de ídolo indígena.

El esplendoroso astro, después de cerner polvillo de oro en el ramaje y los sur-

Sucedió todo silenciosamente. Una tarde, al volver de la *cogida*, en la ronda del cañal, y saliendo á la carretera, después de caminar juntos, mudos, la dijo él fríamente, sin atreverse á mirarla: «¡Adiós María...!» Pasó el tiempo, y aún le zumbaban á María en los oídos las dos palabras glaciales, repercutiéndole en el corazón como el eco de voces de ultratumba en una cripta. María se resignó porque la resignación es hermana de la esperanza.

Al padre de Quirco debía la *hacienda*, las mejoras más importantes: las de que su dueño se ufanaba como de propia labor. Y murió sirviendo al padre de Felicia que le dispensó señalado cariño de amigo. Por eso Quirco vivía en el caserón de la familia, y á él se le toleraban conversaciones con las niñas, y que las acompañase á paseo para que las sirviera. La honradez del exmandador se tradujo en confianza y distinción para el hijo que disfrutaba de lo que sembró su padre.

La fogosa de Felicia andaba por todas partes. Ella lo registraba todo y lo quería averiguar todo con sus puntos y comas. No paraba en sus averiguaciones porque tuviese que rozarse, tal vez demasiado, con criados y peones, lo cual por desmoralizador, su madre le tenía prohibidísi-

DE ADMINISTRACION

Por algún extravío, quizá en correos, no llegó á su tiempo, ni se pudo servir el número 835, de Enero, de *La Ultima Moda*. Suplicamos á los suscriptores tener paciencia.

En la Administración de PANDEMONIUM se compra el N^o 4 de esta revista.

Por haberse agotado el N^o 40 de PANDEMONIUM, se suplica á los señores agentes, que si les ha quedado algún ejemplar de dicho número, tengan la bondad de devolverlo á esta Administración.

Por haber hecho un pedido excesivamente numeroso de ejemplares de *La Ultima Moda*, tenemos el gusto de anunciar á los que se han suscrito á tan importante

publicación y aun no se les haya podido entregar, que en breve tendremos el gusto de servirles, lo mismo á las personas que nos favorezcan con su suscripción.

TIPOS DE CAMBIO

THOMAS SCOTT

Londres	vista	109½
Londres	90 d/v	107
New York	vista	116
New York	60 d/v	114
New York	60 d/v	113
San Francisco	vista	116
París	>	111
Hamburgo	>	109
Bélgica	>	112
Génova	>	113
Jamaica	>	115

San José, 17 de Febrero de 1904

Imprenta, Papelería, Encuadernación y Fotograbado de Avelino Alsina
San José de Costa Rica (América Central)

El famoso calzado de Emilio Artavia

Se envía franco de porte á cualquier punto de la República

mo. De los párrafos que á Quirco por tal costumbre, tocaron en suerte, no decimos, toda vez que el mozo, proporcionándola á diario sus servicios hasta en mínimos detalles, aprovechó las ocasiones; ítem, que llevado de sus extremos se había convertido en la sombra de Felicia, proyectada muy cerca de ella, cuando la servía; á distancia, cuando no.

La señorita no había adivinado que el campesino la amaba, la deseaba con frenesí, porque él no era osado á requerirla de amores; y ella, á los galanteos de él no daba un ápice de importancia, los creía obligados.

Quirco sentía la muerte ó la vida, según que Felicia hubiere amanecido desdeñosa ó no con él. Frente á frente, el muchacho no le daba la cara sino por momentos, temeroso de que sus ojos que despedían intensos efluvios pasionales, revelaran demasiado.

Para distraer sus horas de tristeza ó aplacar sus violentos ímpetus, Quirco juntaba las horquillas que Felicia perdía. Con delicada adoración alzaba, desenredaba y arreglaba las marañas de pelo que ella arrojaba desde el balcón al potrero ó al jardín. Marañas que la niña, cuando se peinaba, hacía con sus finos

dedos del cabello enredado en el peine.

Una vez se le amarró el alma una cinta que Felicia usaba á menudo al rededor del cuello; y tuvo la suerte una tarde de encontrarse el pedazo de seda en el jardín. Antes de apoderarse de él, miró azorado, en torno, cual si fuera á cometer una falta; y como nadie había que lo viese, la escondió rápidamente y se coló en su cuarto á meterla bajo el esterón de su tijereta, con otros objetos. Allí, como chiquillo guardoso ó anciano monomaniático ocultaba con religiosa unción aquellas sus reliquias, amuletos que él creía eficaces para calmar su vehemencia y conseguir el amor de la niña, tan indiferente, tan orgullosa que de puro que lo despreciaba, le descubría encantos generalmente velados y que más lo excitaban y enloquecían. Quirco, antes que peón, era hombre.

VI

Había estado tan contento durante el día que dispuso la vuelta para la noche.

Su dón de gentes le captó en pocas visitas la más viva simpatía de aquella familia.

Inventóse ir á ver á ñor Leman, pero á pie, para gozar mejor de la belleza de la